

bres célebres que han abandonado la Tierra por la Luna han establecido precisamente su residencia en esas comarcas que por casualidad, al parecer, denominamos con sus nombres.

En el circo, Platon, este filósofo célebre, ha establecido su república, y Aristóteles ha fijado su liceo sobre el monte que lleva su nombre.

Discutiendo las proposiciones fundamentales de la física de Aristóteles, cuya falsedad habian reconocido nuestros viajeros, especialmente en lo que concierne á la esfera de fuego colocada debajo de la Luna, y de la cual no notan el menor indicio, llegaron al globo de la Luna. Vieron que es una masa de materia semejante á la de que está formada la Tierra. Allí se ven campiñas, bosques, mares y rios. No vieron animales, pero creyeron que podrian sin embargo alimentarse si los llevaran. En cuanto á hombres de carne y hueso no los hay. Cyrano se ha engañado, dice el narrador; las almas de la Luna, al verlo llegar, revistieron la forma humana para hablarle y adquirir noticias del Mundo terrestre, y lo indujeron en error. Aquel es el reino de la materia cierta y del espíritu; no hay pensamientos unidos á cuerpos, no hay vida material. Las desigualdades que presenta el disco de la Luna, en parte son islas, de que los mares de aquel globo están agradablemente sembrados, y en parte eminencias y valles de su continente. Pertenecen á diversos astrónomos famosos ó filósofos cuyos nombres llevan y de las que son señores. Tomaron la tierra en la Gassendi. Este lugar, dicen, nos pareció muy bonito y muy limpio, y tal en una palabra cual lo ha podido hacer un clérigo como M. Gassendi, que tiene talento, arte y ciencia. De Gassendi, el P. Martenne los condujo á la Tierra que lleva su nombre, agradablemente situada en la misma region que la Gassendi, á orillas del mar de los Humores, que es un gran golfo del océano lunar, terminado de un lado por el continente, y de otro por un istmo, á cuya extremidad norte, está la península de los Desvarios. El mismo dia resolvieron visitar el hemisferio lunar que permanece constantemente vuelto hácia la Tierra.

A la orilla del mar de las Lluvias, descubrieron una especie de ciudad muy grande, de figura oval, que tuvieron la curiosidad de ir á ver; pero encontraron guardadas todas sus avenidas por almas que les impidieron la entrada. Esta era la ciudad de Platon, la República, en la cual no se podia entrar sin estar autorizado por el señor; pero como este estaba de viaje, la entrada era imposible.

La Aristóteles, que en seguida fueron á visitar mas allá del mar del Frio, estaba todavia mejor guardada; esta ciudad parecia verdaderamente en estado de sitio, y cuando el anciano hubo anunciado que el viajero era cartesiano, las tropas exteriores tomaron las armas. Estaban principalmente armadas de silogismos de toda clase de figuras y de formas, concluyendo unos en el alma de las bestias, otros en la necesidad de las formas sustanciales en los mistos, otros por los accidentes absolutos. La ciudad se parecia á Atenas, y su centro al Liceo en donde Aristóteles enseñaba; allí se admira la estatua ecuestre de Alejandro coronado de laureles por la Victoria. (Este monumento se parecia extraordinariamente, dice el autor, al de la plaza de las Victorias en Paris.) Todas las figuras del monumento, así como la mayor parte de las estatuas de la Luna, son de plata. Esta ciudad está llena de peripatéticos peripatetizando desde la mañana hasta la noche.

Nuestros viajeros continuaron su excursion por el lado del lago de los Sueños, en cuyas orillas encontraron á Hermótimo y á Elio Lamia, cuyos cuerpos fueron quemados por orden de sus mujeres, mientras que las almas estaban de viaje (1). Vieron tambien á Scott, que por

(1) Cuéntase que el alma de Hermótimo se separaba de su cuerpo, el cual permanecia inmóvil mientras que aquella vagaba por diferentes sitios. Despues de algun tiempo de ausencia volvia á animar su cuerpo, y anunciaba lo que habia visto en su viaje. Un dia que la mujer de Hermótimo vió sin vida el cuerpo de este, lo hizo quemar, y su alma no pudo volver á entrar en él. Los Clazomienos edificaron un templo á Hermótimo, prohibiendo la entrada á las mujeres. (*Arist. Alma*, c. 3 y 4, — *Plut., Demonio de Sócrates*, — *Plinio*, 7, c. 32.)
(El Trad.)

mucho tiempo declarará contra Descartes, porque este habia pretendido probar que el cuerpo de Jesucristo podia estar todo entero comprendido en las particulas mas pequeñas de la hostia, y á Cardan, que mora en la península de los Desvarios con gran número de alquimistas y astrólogos judiciarios.

El P. Daniel, el P. Mersenne, el anciano y dos peripatéticos, embajadores de Aristóteles, se pusieron en camino para el Mundo de Descartes luego que hubieron conocido suficientemente la naturaleza de la habitacion lunar. A razon de unos cuantos millones de leguas por minuto, se dirigieron al cielo de las estrellas fijas, hácia Sagitario, constelacion que atravesaron muy pronto; despues llegaron á los espacios indefinidos en donde el *vacío* existia aparentemente, pero en donde Descartes veia el *lleno* y los materiales primitivos necesarios para la construccion de los Mundos. Apénas habian andado cinco ó seis mil leguas á lo largo y á lo ancho cuando encontraron efectivamente á este grande espíritu ocupado en su obra. El autor fué muy bien acogido, gracias á sus padrinos, y entabló conversacion con el filósofo. Allí principia la crítica del cartesianismo.

Hacia largo rato que el P. Daniel conversaba sobre los torbellinos sin llegar á comprender los primeros principios de esta teoría, encontrando sin cesar en su espíritu objeciones de escuela que se oponian invenciblemente á que pudiese nunca admitir la opinion cartesiana, cuando de repente sintió verificarse en él un cambio extraordinario, una cosa análoga á un desvanecimiento. Desde esta revolucion espiritual, sus ideas se renovaron y cambiaron. En lugar de no ver mas que el vacío en el espacio, vió en él el lleno; en vez de no reconocer ningun movimiento, vió que los átomos se agrupaban segun la voluntad de Descartes, que un inmenso torbellino habia nacido, y que bajo la mano del maestro se obraba una verdadera creacion. Véase aquí la explicacion de este extraño fenómeno.

Miéntas que nuestra alma está unida á nuestro cuerpo, la mayor parte de sus ideas y de sus juicios dependen de la disposicion de nuestro cerebro. La diver-

sidad de esta disposicion consiste en la diferencia de las especies ó imágenes que se hallan grabadas en la sustancia cerebral, ó que están impresas en el cerebro por el curso ordinario de los espíritus animales que se esparcen en él. Esta disposicion diversa produce la naturaleza de las ideas, de manera que si se hiciese la diseccion de un cerebro peripatético y de un cerebro cartesiano, y se tuviesen buenos microscopios, se reconoceria entre ambos una diferencia prodigiosa. Cuando el alma está separada del cuerpo, se mantiene sin embargo unida á él durante la vida por un lazo invisible y permanece en armonía con él. Pero habia sucedido simplemente que el P. Mersenne habia vuelto secretamente á la Tierra, al lecho del P. Daniel, miéntas que el alma de este se ocupaba de los torbellinos, y habia determinado en su cerebro un nuevo curso de los espíritus animales, de tal suerte que no pasasen mas por las huellas en donde tenian costumbre de excitar en su espíritu ideas peripatéticas; las habia hecho pasar de la manera necesaria para hacer nacer ideas cartesianas. Lo cual habia ejecutado tan bien que, fuese en virtud de la simpatía, ó en virtud de las leyes generales de la union del alma y del cuerpo, las ideas del P. Daniel se encontraron de repente cambiadas y llegó á ser discípulo de Descartes!

Presenció la formacion de un sistema planetario análogo al nuestro, y en que el Sol, así como los planetas y los satélites, estaban idénticamente representados. Los movimientos de las esferas en sus órbitas, los de los satélites y de los cometas, el flujo y reflujo del mar: todos los grandes fenómenos de la naturaleza se reprodujeron en la creacion de Descartes. Entusiasmado con semejante espectáculo, nuestro nuevo prosélito hubiera deseado permanecer mas tiempo, pero hacia ya cerca de treinta horas que habia abandonado su cuerpo, y se acercaba el límite de su libertad. El gran filósofo le regaló dos magníficos cristales de anteojos, con los cuales podia el autor distinguir desde la Tierra los habitantes de la Luna, pero al llegar cerca de su casa, como su espíritu atravesaba las paredes con la rapidez prodigiosa de que estaba dotado en su viaje, los cristales (que eran

materiales) fueron detenidos por los muros y rotos en mil pedazos.

La alusion frecuentemente ingeniosa que se encuentra en este libro, tuvo un gran éxito (1). Fué traducido en inglés, en italiano y en holandés. El autor ademas, no habia perdonado nada para aumentar su interes. Hay varios mapas geográficos de la Luna, y un gran número de figuras para la explicacion del sistema cartesiano y de la creacion de un nuevo mundo por el célebre filósofo. Pero no conversaremos mas tiempo con este huésped, porque el astrónomo que acaba de entrar nos dirige la palabra.

CHRISTIANI HUGENII. — ΚΟΣΜΟΘΕΩΡΟΣ, sive de Terris celestibus, earumque ornatu conjecturæ (obra póstuma), 1698. — HUYGENS (2). *Cosmotheëros, ó Conjecturas sobre las Tierras celestes y sus habitantes.*

Por la vez primera se ve nuestra idea astronómica en manos de un matemático, que fué al mismo tiempo uno de los mayores astrónomos de su siglo, y uno de los primeros individuos de la Academia de ciencias fundada por Colbert en 1666. El sabio holandés permaneció entregado al estudio de la física hasta la extincion de sus fuerzas; carrera laboriosa á la cual se debe el descubrimiento de la teoría de la luz, el de un satélite y del anillo de Saturno, y el de varias nebulosas. Descartes habia adivinado su porvenir, como adivinó el de Leibnitz. La contemplacion del cielo habia exaltado en su alma la idea de la habitacion de los pla-

(1) En el mismo año de la publicacion de este viaje, 1692, aparecieron los viajes de Jacques Sadeur á la *Tierra austral*. Estos se refieren á las comarcas desconocidas de nuestro Mundo, que el caprichoso autor puebla de una raza diferente de la nuestra y de animales fuera de toda especie de clasificacion zoológica, á la manera de Luciano y de Rabelais. En él no se trata en manera alguna de nuestro asunto.

(2) Nació en 1620, murió en 1695.

netas, y hácia el fin de su vida, cuando la revocacion del edicto de Nantes lo hubo enviado á su patria, á pesar de la amistad que le profesaba Luis XIV, descansó de sus áridas investigaciones, dejándose mecer por aquella idea magnífica del valor del universo.

Su libro se publicó en La Haya en 1698. Cuatro años despues aparecia en Paris una traduccion francesa bajo el título de *la Pluralité des Mondes*. Una observacion curiosa hay que hacer aquí, y es que en aquella época Fontenelle era censor real, y que á él se debe el permiso de imprimir puesto á la cabeza del libro.

Huygens no se ha limitado, como Fontenelle, á decir que es verosímil que los astros están habitados como la Tierra; ha querido ademas investigar cuál es la naturaleza probable de estos astros y de sus habitantes, qué conexion puede existir entre ellos y nosotros, cuáles son sus formas físicas, su aspecto, su manera de ser. Pero á pesar de su perspicacia para indicar la propension natural que nos arrastra á juzgar todas las vias bajo un punto de vista esencialmente humano, ha caido en este defecto, y el antropomorfismo predomina en toda su teoría.

Resumamos en algunos sumarios la marcha seguida por nuestro autor. La obra está dividida en dos partes: la primera trata de la habitacion de los astros en general; la segunda de cada uno de los planetas en particular. El sistema de Copérnico es el primero que se halla expuesto y adoptado. Despues vienen la magnitud de los planetas, sus diámetros y el medio de conocerlos. La uniformidad que debe encontrarse entre la Tierra y los otros planetas probada por experiencias de anatomía. (Estas experiencias son que el conocimiento del sistema anatómico de un animal cualquiera, da por analogía la de todos los otros de la misma especie.) El escritor trata en seguida de la excelencia de las cosas animadas sobre las piedras, las montañas y las rocas, etc. Los planetas deben tener cosas animadas lo mismo que la Tierra, y que sean de la misma especie que las que vemos aquí abajo. — El agua es el prin-

cipio de todo lo que se engendra sobre la Tierra. — Hay aguas en los demas planetas: su diferencia con las de la Tierra, su uso para la produccion de las cosas animadas. Y la tésis favorita se establece poco á poco: las plantas y los animales crecen y se multiplican en los planetas de la misma manera que entre nosotros. La manera con que se mueven de un lugar á otro. Hay hombres que habitan los planetas. El hombre, aunque vicioso, es siempre una criatura considerable, y la principal del mundo. — Los hombres que habitan los planetas tienen la razon, el espíritu y el cuerpo de la misma especie que los que habitan en la Tierra. — Los sentidos de los animales racionales y de los que están privados de la razon, que viven en los planetas, son semejantes á los de la Tierra. — Uso de los sentidos. — El fuego no es un elemento, reside en el Sol. Hay fuego en los planetas: maneras con que se excita, su utilidad y sus usos. — Los animales no deben ser en las otras esferas de tamaño diferente del que tienen en la Tierra. — La grandeza y excelencia del hombre sobre los otros animales con relacion á su razon. — Hay en los planetas hombres que cultivan las ciencias. Los instrumentos de matemáticas, el arte de escribir y de medir deben existir en los planetas, acaso con ménos perfeccion que entre nosotros. — Los habitantes de los astros deben tener manos para servirse de los instrumentos de matemáticas: uso y necesidad de las manos. — Destreza del elefante para servirse de su trompa como de una mano. — Los habitantes de los planetas tienen piés y andan como nosotros. — Tienen tambien, como nosotros, necesidad de vestidos: la necesidad y la utilidad de los trajes. Las dimensiones y la disposicion del cuerpo de estos habitantes, son semejantes á los nuestros. — El comercio, la sociedad, la paz, la guerra, las demas pasiones y la dulzura de la conversacion, se deber hallar entre los habitantes de los planetas. — Estos hombres se construyen casas segun el arte de arquitectura, conocen la marina y practican la navegacion. — Excelencia de la geometría, sus reglas seguras é invariables; los habitantes de los planetas la poseen. — Explicacion

curiosa de muchas cuestiones sobre la música, respecto á las consonancias y á las variaciones que se encuentran en el canto: los habitantes de los planetas poseen esta ciencia. — Descripcion de todo lo que se encuentra entre nosotros en la mar y en la tierra: ciencias, artes, riquezas; todas estas cosas diversas deben hallarse entre los habitantes de los planetas.

Estos sumarios, cuya elegancia deja quizá mucho que desear, dan una idea exacta de la teoría de Huygens. Será curioso para nosotros ver cómo el autor desarrolla estas ideas y las ilustra. Le interrogaremos principalmente acerca de las razones que invoca en favor de la semejanza necesaria de los hombres de los planetas con nosotros.

Por lo tocante á los miembros, y á las manos en particular; « ¿Cómo podrian servirse, dice, de los instrumentos de matemáticas, de los anteojos, y trazar caracteres y figuras, si no tuviesen manos? Cierta filósofo de la antigüedad creia que en las manos se encontraban tantas ventajas, que ponía en ellas el principio de toda sabiduría: este filósofo queria decir que sin el auxilio de las manos, los hombres no hubieran podido nunca cultivar su talento, ni comprender las razones de lo que pasa en la naturaleza. Supongamos, en efecto, que en lugar de manos, se hubiese dado á los hombres el casco de un caballo ó la pezuña de un buey: nunca hubieran construido casas ni ciudades, aunque hubieran estado dotados de razon, no hubieran podido entretenerse en otra cosa que en lo perteneciente á la nutricion, al casamiento ó á la propia defensa. Hubieran estado privados de toda clase de ciencia, de la historia de los tiempos y de los siglos pasados; en fin se hubieran aproximado mucho á las bestias. ¿Qué instrumento puede haber tan cómodo como las manos para hacer y fabricar ese número infinito de cosas que nos son útiles? » Cítanse sucesivamente la trompa del elefante, el pico de las aves, los diversos órganos de presion; y como, al fin de cuenta, la mano queda reconocida como el instrumento mas maravilloso, se deduce de aquí que todos los seres racionales de todos los Mundos tienen

manos semejantes á las nuestras. Hemos visto (primera parte, cap. xii) que tales conclusiones son exageradas, como fundadas sobre puras ilusiones: allí donde se detienen nuestros conocimientos y nuestras concepciones, el poder infinito de la naturaleza continúa su acción libre.

Sobre las ciudades y las habitaciones planetarias: « Hay una razón que inclina á creer que se construyen casas, puesto que llueve en sus tierras como aquí; lo cual se ve además en el planeta Júpiter por grupos de nubes que se mueven. Hay pues lluvias y vientos, porque es necesario que el vapor que el Sol ha atraído vuelva á caer al suelo; el soplo de los vientos es visible en la atmósfera de Júpiter. Para garantizarse de esta incomodidad, y pasar las noches en seguridad y en reposo (porque tienen las noches y el sueño como nosotros), es verosímil que posean las cosas necesarias á su conservación, que construyan cabañas, casas pequeñas, ó que ahonden cavernas, como todas las especies de animales que están en nuestra Tierra (ménos los peces) lo hacen para su defensa. Pero, añade el autor ¿por qué no hemos de concederles mas que cabañas y casillas? ¿Por qué no hemos de creer que construyen soberbios y magníficos edificios lo mismo que nosotros? Si se compara con nuestra Tierra el tamaño de los globos de Júpiter y Saturno, no podía concebirse razón ninguna que pruebe que en aquellos planetas no conozcan lo mismo que nosotros la delicadeza de la arquitectura, ni que no construyan palacios, torres, pirámides, mucho mas altas que las nuestras, mas suntuosas y mejor proporcionados. Como la destreza que los hombres muestran en sus trabajos es casi infinita, principalmente en cortar la piedra, en cocer la cal y el ladrillo, en servirse del hierro, del plomo, del cristal y aún del oro para el ornato, ¿por qué los demas planetas habian de estar privados de esta industria? »

» Si la superficie de los planetas está dividida en mares y en tierra firme, como la superficie de nuestro globo, segun aparece en Júpiter, y apenas pueden salir las nubes de otra fuente que del Océano, debemos creer

que viajan por mares; pues de otra manera no podríamos sin gran presunción, atribuir solo al globo de la Tierra la utilidad de la navegación. En los mares de Júpiter y de Saturno la navegación debe ser muy fácil por el auxilio de tantas lunas; y los habitantes de estos dos planetas pueden muy cómodamente conocer la medida de las longitudes, que aún no hemos podido nosotros encontrar. Si usan buques, tienen cuanto á ellos pertenece: velas, mástiles, anclas, jarcias, garruchas, timones; y conocen el uso de todos estos objetos, para navegar con un viento casi contrario, para ir á lugares opuestos con el mismo viento. Tal vez posean tambien como nosotros, la invención de la brújula y el conocimiento del iman. »

Las conjeturas del astrónomo no se limitan á las ciencias exactas, ni á las artes útiles, sino que se extienden á las artes de recreo y á los hábitos sociales. Los comentarios sobre la *música* merecen una mención especial:

« Si se deleitan con el canto y los tonos armoniosos, es preciso que hayan inventado algunos instrumentos de música, puesto que la casualidad los ha descubierto, ya por cuerdas tirantes ó por el silbido de las cañas y de los tubos que han dado origen á los laúdes, á las guitarras, á las flautas y á los órganos, por medio del viento ó del agua. De la misma manera han podido, en los planetas, inventar instrumentos que no sean ménos encantadores, ni ménos delicados que los nuestros. Aunque nosotros reconociésemos que los tonos y los intervalos del canto estén fijos y determinados, hay sin embargo naciones cuya manera de cantar es muy diferente, como se observaba antiguamente entre los Dóricos, los Frigios y los Lydios; y, en nuestro tiempo, entre los Franceses, los Italianos y los Persas. Puede suceder tambien que los habitantes de los planetas tengan una música diferente de esta, aunque sea agradable á sus oídos: y como no tenemos razón que nos obligue á creer que sea inferior á la nuestra, tampoco la tenemos para creer que no se sirven, lo mismo que nosotros, de sonidos cromáticos, y de diso-

nancias agradables, dado que la naturaleza es la que ofrece estos tonos y semitonos, y que los marca precisamente por justas proporciones. Y para que nos igualem en sus conciertos, y puedan con arte mezclar su armonía, es preciso que sepan diestramente servirse de nuestros tritonos, de quintas falsas, etc., y que salven á propósito estas disonancias. Aunque esto casi no parezca verosímil, puede suceder sin embargo que en Júpiter, Saturno y Vénus, posean mejor que el frances y el italiano, la teoría y la práctica de esta ciencia. » El autor desarrolla ampliamente la teoría del contrapunto.

No se limita á este arte de sociedad. « Además de la utilidad de la vida social, deben tener, como nosotros, un gran placer en conversar, ya en familia, ya de amor, ya de crítica, ya en los espectáculos. Si imaginásemos que pasan su vida en continua seriedad, y sin alguna especie de alegría ó de recreación, que son la mejor salsa de la vida, y sin la cual apénas puede uno pasarse, les atribuiríamos una existencia insípida; y, contra toda razón, supondríamos la nuestra mas dichosa que la suya. »

El escritor se ocupa de los habitantes de los planetas con tanto cuidado y solicitud como si fuesen de su familia; no los deja carecer de nada; para él es preciso á todo precio que sean dichosos y que se nos parezcan. (Estos dos puntos ¿ están legítimamente asociados? no lo discutiremos.) Por eso, todo lo que precede no es todavía suficiente. « Después de haber hablado de las artes y de cuanto los habitantes de los planetas tienen de comun con nosotros para los usos y comodidades de la vida, creo que no será fuera de propósito, por la estimación que debemos tenerles, enumerar otras muchas cosas que deben tener como nosotros. » Y en seguida pasa revista á las riquezas de la naturaleza terrestre y de la humanidad, imaginándolas á su placer sobre todos los demas Mundos. « Los árboles y las yerbas nos producen frutas para el alimento y la medicina; además, dan los materiales que sirven para la construcción de las casas y de los navíos. Del lino se tejen los vestidos, del cáñamo y del esparto se tuerce

el hilo y la cuerda. Las flores esparcen agradables perfumes; y aunque las haya que desagraden al olfato por su mal olor, y se encuentren yerbas venenosas, sin embargo estas yerbas y estas flores tienen sus cualidades y sus virtudes, como lo ha querido la naturaleza. De los animales ¿ qué prodigiosa utilidad no se saca? Las ovejas proporcionan la lana; las vacas leche, y ambos animales dan carnes alimenticias. Nos servimos de los asnos, de los camellos, de los caballos tanto para llevar nuestras ropas y nuestros equipajes como para nuestros propios viajes. La excelente invención de las ruedas, que se ocurre en este momento á mi imaginación, hace que la atribuya con gusto á los habitantes de los planetas.

» El empleo del aire, del agua, de las máquinas en que se los utiliza como agentes, es comun á todos los hombres, á quienes prestan fuerzas prodigiosas. Moler el trigo, hacer aceite, serrar la madera, abatanar el paño, triturar los trapos para convertirlos en papel, son servicios debidos á las máquinas. No olvidemos el arte de la pintura y de la escultura, el secreto de cocer el vidrio, la manera de pulir los cristales y hacer de ellos espejos y anteojos; la invención de los relojes de péndola ó de muelle (1), que miden el tiempo con una precisión tan grande... Justo es que nos imaginemos también existan entre los habitantes de los planetas algunos de estos descubrimientos, que puede ser que los ignoren la mayor parte; pero para compensar la privación de estas ventajas, es preciso que se les hayan concedido otras en tan gran número, tan bellas, tan provechosas y tan admirables como las nuestras. »

Y veamos aquí de qué modo concluye el autor: « Aunque hemos hecho ver, por pruebas bastante convincentes, que en las tierras planetarias existen personas racionales, geómetras, músicos; que viven en sociedad, que se comunican sus bienes recíprocamente; que sus cuerpos están provistos de manos y de piés, que tienen

(1) El mismo Huygens fué el primero que aplicó el péndulo á los relojes de péndola y el resorte espiral á los de bolsillo, 1657 y 1663.

casas para resguardarse de las injurias del tiempo, no puede dudarse sin embargo, que si algun Mercurio ó algun genio poderoso nos condujese á aquellos lugares, seria para nosotros un espectáculo maravilloso ver la novedad de sus figuras y de sus ocupaciones; pero aunque se nos haya hecho perder toda esperanza de poder emprender este camino, no por eso debe renunciarse á investigar cuidadosamente, en cuanto lo permitan nuestras fuerzas, bajo qué aspecto se presentan las cosas celestes á la vista de los que pasan su vida en cada uno de los planetas. »

Huygens se ha engañado queriendo llevar á los otros Mundos la naturaleza terrestre y las cosas que le pertenecen. Pero aparte de esta manera de ver personal y arbitraria, su libro sigue siendo uno de los mas eruditos y profundos que se han escrito sobre esta cuestion, especialmente en sus capítulos relativos á los elementos astronómicos de los planetas. En oposicion á la opinion de Humboldt, felicitamos al astrónomo septuagenario por sus análisis cosmogónico, y le colocamos en la primera línea del panteon de nuestros autores.

CAPITULO X

VIAJES IMAGINARIOS AL PRINCIPIO DEL SIGLO DÉCIMOCTAVO. — FICCION Y FANTASIA. — *Gongam.* — *Gulliver.* — DESCENSOS DEBAJO DE LA TIERRA. — *Niel Klim* EN LOS PLANETAS SUBTERRANEOS. — NUEVOS VIAJES A LA LUNA Y A LOS PLANETAS. — EXCURSION DE UN ANÓNIMO AL MUNDO DE MERCURIO. — VOLTAIRE : *Micromégas*, RELACIONES DE UN HABITANTE DEL SISTEMA DE SIRIO Y DE UN HABITANTE DE SATURNO.

(1700-1750)

El carácter de cada siglo se traduce en sus obras. Apenas el severo siglo decimoséptimo lanza su última mirada, cuando ya se anuncia por mil síntomas la era de una época jocosa. La ciencia física ó metafísica no dominará ya la inteligencia, hasta el dia en que la restablezca el impulso de una era nueva; descenderá en la sombra, mientras que, á los rayos del rubicundo sol, obras mas ligeras se ostentarán en la superficie del Mundo. A lo ménos este será el carácter general de la época en que entramos.

Algunos ilustres filósofos han participado de nuestra doctrina como la hemos establecido, cuando á la tradi-